

**Discurso pronunciado por Martín Dedeu en la celebración del
quincuagésimo aniversario de la promoción 1959.**

Señora Rectora,

Amigos:

Son contadas las ocasiones que la vida nos presenta en las que un acontecimiento pueda conmovernos vivamente. Esta es, sin duda, una de ellas. Más aún, me atrevo a asegurar que del primero al último de nosotros ha sentido una sensación muy especial al traspasar hoy el umbral del Colegio. Este Colegio, en el que prácticamente conformamos la personalidad que nos acompañaría el resto de nuestros días. Porque el Colegio no es solamente el edificio, no es solamente sus profesores, no es solamente lo que aprendimos, no es solamente la multitud de recuerdos mil veces rememorados. Es ese soplo mágico difícil de explicar, que nos hace observar con atención distinta cuando descubrimos a otro ex alumno. Es ese innegable magnetismo que nos hace acompañar las buenas y las malas rachas de la querida institución, sus vicisitudes, sus cambios, sus logros y eventualmente sus frustraciones. Porque el Colegio no es algo que pasó sino que sigue siendo y que, en la mayoría de nosotros, está mucho más adentrado en nuestro corazón que la escuela primaria o la Universidad. Es un fenómeno curioso que se aferra a nosotros para venerarlo en casi todos los casos o para detestarlo en algunos pocos. Pero indiferencia, ¡Jamás!

Festejamos hoy los 50 años de nuestra promoción, la del 59, y agradecemos la tesonera y perseverante labor de la Asociación de Ex alumnos. Al respecto, no es ocioso pedir que esta entidad que nos incluye, siga luchando para que se cristalice una real unión entre todas las promociones, lo que merece un apoyo constante de todos nosotros.

El Colegio, como el país, ha vivido altibajos que sus hijos – los ex alumnos- hemos seguido con especial interés. A muchos de nosotros nos preocupa el respeto a sus gloriosas tradiciones. Preocupación plausible ésta, ya que los pueblos sin tradición son pueblos sin espíritu, sin historia, pero que de ninguna manera debe considerarse como sinónimo de estancamiento. El devenir de una alta casa de estudios no debe agotarse en el mero respeto a su pasado sino que debe acompañar a éste con los elementos dinámicos que brinda el progreso. Lo contrario sería pretender cristalizarla en el tiempo y esto aunque resulte paradójico, también contraría la tradición de la Casa que ha sido estar siempre como Colegio piloto, a la vanguardia en los planes educativos del país. Lo que ocurre es que no todo cambio “per se”, es sinónimo de progreso. De ahí la difícil responsabilidad de las autoridades universitarias y muy especialmente la de nuestra Rectora de guiar la institución dentro de un marco en el que se equilibren la tradición con el progreso, el apoyo y comprensión a los adolescentes con el respeto a los profesores y a las autoridades.

Y si para el Colegio actual van estas reflexiones permítaseme completar estas palabras refiriéndome brevemente a los recuerdos del ayer.

Sé que no es posible en pocos minutos reseñar seis años imborrables como tampoco enumerar sin riesgo de injustas exclusiones figuras inolvidables de ese período. Período que se inicia ya en las postrimerías de 1953 cuando acompañados por nuestros padres vinimos con balbuceante optimismo a rendir el examen de ingreso. Examen de ingreso que, a pesar de las presiones e influencias que se ejercieron durante todas las épocas, se mantuvo como bastión para asegurar mediante procedimientos sin máculas que al Colegio sólo entraban quienes demostraran mayores aptitudes.

Permítanme comentarles que de entre los muchos aspirantes de aquel entonces, nos presentamos seis amigos que proveníamos de una humilde escuela del Estado, la General Martín Miguel de Güemes, N° 7 del Consejo Escolar 3°, de la calle Carlos Calvo 1144: Osvaldo (el Negro) Fernández, Horacio (Palito) Mazza, Carlos (el Gordo) Girólamo, Carlos (Monseñor) Chiesa, Enrique Ricci y quien les habla. Los seis entramos en el Turno Mañana y los seis nos recibimos de Bachilleres del Colegio. Eran épocas donde la escuela pública tenía una relevancia que lamentablemente se perdió. También perdimos en estos años tanto a Carlos Chiesa como a Carlos Girólamo. Para los dos, como para las dolorosas pérdidas de Aníbal González Berdasco, Armando Solari, Jorge Broullon y Carlos Lamberti, lo mismo que otros compañeros del Turno Tarde como Carlos Voukelatos o Angel Dávila, mi emocionado recuerdo. Volvamos a nuestro examen de ingreso. A partir de ese examen comenzamos, en 1954, a seguir desde el Colegio la historia de nuestra patria. Quien habla, pertenecía a la 3ª. de 1° que tuvo los siguientes profesores: Caligrafía: Prof. Berardi, Castellano: Prof. Guillermo Crosbie, Cultura Artística: Dr. Abilio Bassets, Cultura Ciudadana: Dr. Scarcella, Dibujo: Prof. Pedro Roca y Marsal, Educación Física: Prof. Oscar Schiariti, Francés: Prof. André Charles Longchamp, Geografía: Prof. Roberto García Gache, Historia: Prof. Gabriel Puente, Latín: Dr. Pedro D'Alfonso, Aritmética: Ing. Carlos Rodríguez, Religión: Padre Roberto Amadeo, Moral: Dr. Beltrán.

Recuerdo de ese 1er. Año la afabilidad y simpatía del joven profesor de Matemáticas, el Ing. Rodríguez; el temor reverencial al profesor de Historia Gabriel Abelardo Puente, quien ante los periódicos requerimientos de “ir al baño” de uno de los queridos compañeros aquí presente; sugirió: “¿No sería mejor que plantemos un arbolito en el aula para satisfacer sus necesidades?” También recuerdo al profesor de Latín, Pedro D'Alfonso y

su enseñanza práctica de las reglas mnemotécnicas; así, hasta hoy, nos han quedado las distintas declinaciones: el “da, dae da, dam, da o el nus, ni, no, num, no (para referirnos sólo a las dos primeras declinaciones del singular) o en las conjugaciones el m, s, t (masita) mus tis nt o las mutaciones de las letras del latín al español: p t c (petaca) pasaban a ser b d g (bodega). Eran épocas en las que nos parábamos no sólo cuando entraba el profesor, sino hasta para saludar al celador alumno que estaba a cargo. Cómo olvidar ese 1955 en que transcurría el segundo año y ya se advertían las primeras manifestaciones estudiantiles contra un gobierno que tambaleaba. Recuerdo el mediodía de ese 16 de junio cuando al cruzar la Diagonal Sur, por Alsina, desde el andén del viejo tranvía 8 escuché el estruendo de las primeras bombas sobre la Plaza de Mayo. De aquel año mucho podríamos decir. Desde el sorprendente alegato de nuestro profesor de Cultura Ciudadana, el Dr. Beltrán quien, en lugar de hacernos recitar de memoria los decálogos políticos, prefería enseñarnos cuál era la base de una verdadera democracia. Fue un año signado por profundos desencuentros políticos con jalones como el conflicto con la Iglesia, la concentración de Corpus Christi, la quema de la bandera en el Congreso, el fatal bombardeo del 16 de junio, la quema de las Iglesias y la caída de Perón. No nos contaron la quema de la Curia y las Iglesias y el simultáneo saqueo, robo y destrucción de bancos, oratorios e incunables de sumo valor. En San Ignacio fueron violadas las imágenes y despojadas de ricos ornamentos., En San Francisco, hasta se picaron las piedras de los escalones de entrada. En este año truncado y turbulento, nos acostumbramos a que el ruido de los aviones era prelude de “irnos a casa”. Fue también el año de la eximición con 6. De esa época debo también rescatar el haber conocido a una persona admirable, cuyo mero recuerdo me emociona. Era un sacerdote, no nuestro profesor de religión, pero sí ex alumno del Colegio. Me refiero al Padre Vicente Zaspé, que años después fuera Arzobispo de Santa Fe. Era el

Padre Zaspé de aquellos sacerdotes que predicaba con el ejemplo, la cordura y la bondad. Sus homilias cuando fue obispo fueron de un valor que trascendía lo religioso y aún hoy es de interés su lectura, que fue recopilada por algún legislador nacional, años atrás.

El cimbronazo de los episodios del 55 dio lugar a cambios de las autoridades del Colegio y el ingreso de las primeras profesoras. En 1956, en el bunker del 3er. piso, Tercer Año fue sin duda el más divertido, aunque acaso los excesos ralearon nuestras filas y un buen número de compañeros ya no siguió sus estudios con nosotros.

Cuarto Año tiene para mí, al menos, la grandeza de haber tenido como profesor al Dr. Gerardo Pagés, arquetipo de lo que debe ser un docente en mayúscula. Pagés (o Pagesito, como cariñosamente se lo reconocía para diferenciarlo de Antonio Pagés Larraya) fue el único profesor que tuvimos por tres años consecutivos. Su semblanza es imposible de abarcar en pocas palabras. Fue un enciclopedista en el más cabal de los sentidos. A su vastísima cultura académica, que transmitía con generosidad, añadía comentarios sobre la situación del país, sobre política, sobre economía e inclusive, sobre fútbol, como que era asiduo concurrente a las gradas del Club Ferrocarril Oeste. Era el único que no trataba de usted a sus alumnos, sino de tú (no de vos). Emanaba respeto y autoridad sin atisbos de autoritarismo. En dos oportunidades, ya recibidos, nos dio clases magistrales y muchos de sus alumnos acompañamos sus restos que, como no podía ser menos, fueron velados en nuestro Colegio. También ese año tuvimos otro profesor de lujo: Alberto Sarasola, Profesor de Francés y de Literatura Francesa, a través de quien conocimos a Corneille, Racine y Voltaire, entre otros. Muchos de nosotros aprovechamos el Francés del Colegio en el desempeño de nuestra vida ulterior.

Tercero y cuarto año fueron tiempos de masacre como que de las diez divisiones que había en nuestro ingreso a Primer Año (5 por turno) solamente cuatro (2 por cada Turno) iniciamos el Quinto Año. En ese 5° año tuvimos otro Profesor emblemático: Florentino Sanguinetti en Literatura, cuya ironía filosa hacía temblar a más de uno y bautizó a muchos de nosotros con apodos, algunos de los cuales perduraron hasta ahora. También ese año tuvimos como Prof. de Química al Dr. Luis Bontempi, de cuyo desenfado y sentido del humor mucho habría que contar.

Menos del 40% de los que habíamos ingresado culminamos Sexto Año en 1959. Y fue precisamente en esta época en que nuevamente la vida estudiantil se conmocionó con la famosa polémica entre “laicos” y “libres” en pleno gobierno de Arturo Frondizi a la que hice antes referencia.

La integración del sector femenino se completó en 1959 con el ingreso de las primeras alumnas al Colegio. Muchos lo sintieron como una afrenta a la tradición del Colegio. Y sin embargo, la integración fue eficaz y quienes tuvimos oportunidad de enseñar aquí en esa primera década de coeducación, podemos aseverar que las divisiones mixtas fueron, en general, más receptivas que las que eran exclusivamente de varones.

Quiero mencionar en esta semblanza a otras de las memorables figuras con quienes compartimos nuestra vida estudiantil. Y así, junto al recuerdo respetable de los Rectores Herrera y Valeiras, debemos mencionar al que fuera Vicerrector, el inolvidable Ing. Ottonello, cuya presencia por alguna razón despertaba en nosotros reminiscencias sarmientinas, y entre los Profesores, ¡qué decir de la capacidad y talento de Adolfo Cattáneo o Julio de Vedia y Mitre, entre tantos otros! ¡Cómo no recordar a ese rezongón

inolvidable que fue el Intendente Don José María Diéguez! O a los porteros Montemayor y Merlo, de quien no olvido la escena en la que enarbolando un escobillón perseguía a un alumno desobediente y contestador. O a ese caballero que fuera largos años Secretario del Colegio, Don Vicente Giordano, o al Jefe de Personal y Profesor de Geografía: Augusto Silvetti y a su entonces escudero, Jorge López, cuyo reciente fallecimiento mucho lamentamos. En fin, a todos ellos, a los compañeros que la fatalidad alejó para siempre y a los que por una u otra razón no han podido estar aquí, los abrazamos en el recuerdo de esta noche de emociones y nostalgia.